

Fernando del Paso y Juan Rulfo

TEXTO: ÉLMER MENDOZA

Estoy muerto de gusto. Acribillado. Tembloroso. Mis maestros mexicanos. Mis dos gallos jugados están otra vez reunidos. A Fernando del Paso lo han reconocido con el premio Juan Rulfo de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. Omito que le cambiaron el nombre, no por contravenir las exigencias de la familia del maestro de Sayula, sino porque siento que mis maestros se han dado un abrazo más, no sólo en mi corazón y en mi sufrimiento por seguir su espíritu de trabajo e imaginación, sino en el universo donde sólo los grandes tienen cabida.

Del Paso mira su reloj. Una hoja de parra cae de una glicina vientre de puberta. Recuerda una vía de tren pero piensa en un cuerpo, en una mujer que se coció en sus jugos al son del mediodía, en un país convulso. Es cuando lo ve venir. Con su paso ahuecado. Tranquilo. Delgado. Mirando de frente. Del Paso observa su reloj y descubre que aquel no trae su cámara. Sólo su elegancia decembrina. Corbatas. A los dos sus hermosas mujeres les han hecho los nudos. Por eso son perfectos. Sonríen. Se saludan y conversan en la misma dirección. El de Jalisco cuenta un chiste de campesinos que el del Distrito Federal celebra.

Cuando uno decide ser escritor elige sus maestros. Rulfo es el recuerdo hecho arte. Escribió para que lo oyéramos, para que escucháramos el lenguaje de las cosas, de los seres que están o que se han ido. Del viento. Nos hizo ver el poder de la brevedad.

Fernando del Paso, que publicó su primera novela 11 años después de *Pedro Páramo*, multidimensionó el arte de novelar. La vida y sus conjuros. Conjuros que son destino, desatino, abrir y cerrar de ojos. Coincidencias y divergencias que son tiempo, espacio, música, color, aroma, espera, locura, sueño, viaje y una luz húmeda surgida del lenguaje. Sus novelas están hechas de capas que se mueven por sí solas. Tectónicas. Tal vez haya sido eso lo que hacía sufrir tanto al maestro mientras las escribía.

Hace unos años, en Culiacán, mientras desayunábamos machaca con tortillas de harina, establecimos nuestro irreductible desacuerdo: La señora Socorro expresó que su novela favorita de Fernando del Paso era *Palinuro de México*, publicada en 1977; yo defendí *Noticias del imperio*, de 1987, como pude y el maestro, que en ese momento encendía un cigarro, dijo que él se quedaba con *José Trigo*, con la que inició su carrera en 1966. Ni doña Socorro ni yo supimos qué añadir; luego señaló algo de *Linda 67* que aparecería meses después.

Doy cuerda a mi reloj digital, mientras afuera un ciclón se come mis flores con singular alegría. •

ÉLMER MENDOZA

Culiacán, Sinaloa, 1969. Escritor. Es autor de las novelas *Un asesino solitario*, *Efecto tequila* y *Cóbraselo caro*, publicadas por Tusquets, entre otras.